

Experiencias de maestros

Vivencias diarias y el conocimiento popular (Apuesta del área artística para los grados 9 , 10 y 11)

ELKIN ROMERO
Colegio Distrital San Pablo Bosa

La concepción tradicional de la enseñanza dentro de la escuela busca la generación de unos conocimientos memorísticos y mecanizados, se ignoran y minimizan por completo los conocimientos populares y las vivencias de calle que posee cada sujeto producto de su día a día. La enseñanza del arte dentro de la escuela no se escapa a estos parámetros, por el contrario, está considerada como la enseñanza de unas técnicas o medios enfocados al trabajo manual, ignorando la importancia y posibilidades que brinda en el desarrollo de la personalidad del joven y el niño, ya que por medio de ésta se potencia su creatividad, el trabajo colectivo y el apropiamiento de su espacio, proponiendo la creación de un pensamiento crítico y transformador de la realidad, siendo una alternativa de expresión y solución a las problemáticas que aquejan a la población escolar y su contexto (drogadicción, violencia, suicidios, deserción escolar, etc.).

A partir de la experiencia docente y el acercamiento con el arte y la educación artística me he dado cuenta de las verdaderas dimensiones de éste como estrategia pedagógica, medio de expresión, fomento de la creatividad y libre expresión que han sido subutilizadas o simplemente ignoradas en la mayoría de escuelas y colegios públicos. En estos centros de educación donde la mayoría de población es de estratos socioeconómicos bajos, la educación artística tiene una función primordial en el desarrollo de estrategias que permitan una conciencia crítica que desemboque

en el apropiarse del entorno, las costumbres y las posibilidades transformadoras propias de cada individuo.

Esta propuesta busca poner en evidencia la real importancia de la clase de artes dentro del aula de clases y cómo ésta puede ser mediadora entre un conocimiento académico centrado en lo mecánico y memorístico y un conocimiento popular basado en las vivencias de calle de cada individuo, rescatando el valor de este último dentro del ámbito de la educación básica y secundaria como detonante en la construcción de un conocimiento crítico y activo por parte del estudiante frente a su contexto social, cultural y político. Esto queda condensado en un programa académico para la enseñanza de las artes plásticas dirigido principalmente a los grados 9°, 10° y 11°, que tiene como eje central el conocimiento popular o vivencias de calle. Esta propuesta lejos de querer convertirse en un lineamiento estándar de cómo realizar el programa, busca ser una guía que requiere del direccionamiento y apoyo del docente, teniendo en cuenta las particularidades de cada entorno e individuo.

Como decía Piaget:

“El principal objetivo de la educación es crear hombres que sean capaces de proponer desde su conocimiento, no solamente de repetir lo que han hecho otras generaciones; hombres que sean creativos, inventivos y descubridores. El segundo objetivo de la educación es formar mentes que puedan criticar, que puedan verificar y no aceptar todo lo que se les ofrezca” (Piaget, 1993:73).

Indudablemente, la educación artística en la etapa escolar debe procurar un desarrollo de las capacidades creativas y críticas propias de cada individuo donde se deje de lado la concepción simplista de la clase de artes dirigida al adiestramiento en unas técnicas o espacios para la realización de manualidades planeadas paso a paso por el maestro. Contrario a esto, el espacio del arte se debe pensar como un medio en el cual el estudiante pueda expresar sus sentires y pensamientos de una forma consciente y crítica, induciendo la capacidad de descubrir y buscar respuestas, rescatando los sentidos, que juegan un papel fundamental en la construcción de un conocimiento integral. Así, “cuanto mayores sean las oportunidades para desarrollar la sensibilidad y mayor la capacidad de agudizar todos los sentidos, mayor será también la oportunidad de aprender” (Lowenfeld y Brittain, 1973:102). Pues, se ha ignorado a los sentidos en cuanto a su relevancia en el proceso de aprendizaje, limitándolos solamente a una función utilitaria y mecánica para el desarrollo de una tarea o la consignación de información específica, “permanecer en la escuela depende del dominio o la memorización de ciertos fragmentos de información, que ya conoce el maestro” (102).

Debemos entender la educación artística como un proceso en el que lejos de generar creatividad en el estudiante, lo que se busca es trabajar con él, orientarlo, ya que como lo afirman Lowenfeld y Brittain, la capacidad creadora es innata a todos los individuos. La siguiente cita lo confirma: “todos los niños nacen creativos, la necesidad de explorar, de investigar, de descubrir lo que hay al otro lado de la pantalla” (108).

El papel del educador en el arte es saber guiar esta creatividad, lograr minimizar las restricciones que la sociedad y el medio ofrecen a este fin, valorando la curiosidad y la exploración por el descubrimiento de nuevas formas y significados. Lo ideal es no dejarla perder en el camino del conocimiento memorístico y exacto, de las respuestas convergentes planteadas por la educación tradicional, donde no se encuentra espacio para el pensamiento independiente y creador, potenciando la castración temprana de la creatividad e imaginación bombardeadas por varios frentes: la sociedad, los medios de comunicación, la escuela, etc., pues son quienes venden unos modelos de vida y pensamiento ya establecidos, generando la idea que aquellos que se atreven a cuestionar o pensar diferente se encuentran fuera de una esfera social aceptada.

En la actualidad, lo que preocupa en cuanto a la formación del estudiante es potenciar o moldear unas habilidades estandarizadas para todos los individuos que permitan su desarrollo “útil” dentro de la sociedad, estar capacitado para un trabajo mecánico y servil, sin esperar ninguna recompensa intelectual o espiritual, rebajando al ser humano y a sus capacidades creadoras, intelectuales, espirituales, etc. al nivel de un ente con no más consciencia que la del consumo y “elevando el consumismo a las alturas de la filosofía cartesiana *compro luego existo*” (Mclaren, 2001:134).

El papel del maestro, principalmente el de artes es el de encontrar por medio de ellas, los medios de escape, dando por sentado que las artes no son un simple método en busca de un mejor desarrollo motriz, sino, por el contrario, herramientas fundamentales en la construcción de un pensamiento consciente, enfocado en lo social, lo creativo, lo crítico en el cual el joven se eduque para vivir y existir conscientemente, y no para funcionar en el irracional esquema de la homogenización y enajenación humana a la que estamos sometidos, lo que se debe buscar es el valor de lo divergente con muchas salidas a un mismo cuestionamiento. “El valor de la pregunta divergente es que requiere que el estudiante observe el problema desde muchos puntos de vista y participe, en forma imaginativa, al responder la pregunta” (286).

Es en este punto donde lo aprendido en clase debe erigirse, no como un fin de la expresión artística, sino como un medio cautivador que invite a la investigación y a la concepción de nuevas ideas, ampliando el horizonte de experiencias de los estudiantes y dando la oportunidad de producir variados resultados. Así pues, la clase de artes no debe estar centrada en el aprendizaje mecánico y repetitivo de una técnica. Muy a menudo encontramos las carpetas de los trabajos de arte de los estudiantes, incluso desde edades muy tempranas, cargadas de planchas de colores y formas geométricas donde el aporte del niño no va más allá del juicio y paciencia para realizar la labor, cayendo así en la acción por la acción. Se hace entonces necesario acompañarla por la reflexión, darle al joven o niño, más allá de un cómo, un por qué y para qué. Un cómo desde su individualidad y experiencia puede aportar al desarrollo de estrategias para la utilización de la información técnica, escogiendo los modos alternativos de respuesta. Así lo refiere Jerome Bruner: “solo si se percibe y se comprende la naturaleza y el sentido de lo que se está haciendo, se pueden escoger las alternativas que se consideran más adecuadas”

(116). Donde la utilización de una técnica artística siempre tenga una motivación, un fin y una intencionalidad clara para el estudiante, tal y como lo afirman Lowenfeld y Brittain: “No es la técnica lo que se expresa, sino los sentimientos y emociones. Concentrar la atención solamente en los materiales que se usa o en el desarrollo de técnicas especiales en la expresión artística, significa ignorar el hecho fundamental de que el arte surge del ser humano y no de las técnicas” (108).

Dentro de aquello que se debe contener o desarrollar en el estudiante una propuesta de educación artística converge en términos como: creatividad, libre expresión, desarrollo de la percepción, pensamiento crítico, pensamiento divergente y otros postulados que deberían ser pilares en el aula de artes. Muchos de estos encabezados presentan significaciones muy ambiguas debido al manoseo y mala utilización que de los mismos se hace constantemente, como por ejemplo, el interpretar la libre expresión como hacer lo que el estudiante desee, sin motivación ni intencionalidad; en el “dibujo libre” se debe entonces hacer una reflexión consciente de lo que cada uno de estos términos implica para así poder realizar una implementación real dentro del aula de clases.

Bibliografía

- Brunner, J. (1997). *La educación puerta de la cultura*: Madrid: Editorial Visor.
- Lowenfeld, V. y Brittain, L. (1973). *Desarrollo de la capacidad creadora*. Buenos Aires: Kapelusz.
- McLaren, P. (2001) *Che Guevara, Paulo freire y la pedagogía de la revolución*. México: Siglo XXI Editores.
- McLaren, P. (1998). *La vida en las escuelas*. México: Siglo XXI Editores.
- Piaget, J. (1993). En: Guzmán, J. y Hernández, G. *Implicaciones educativas de seis teorías psicológicas*. México: Unam-Conalite.